

## Quietismo político

Xosé Manuel Domínguez Prieto

Resulta muy frecuente que algún concepto empleado en determinado campo del saber resulte enormemente fecundo en otro. Sucedió así con el concepto físico de «fuerza», con el concepto biológico de «vida» o con el teológico de «persona». Procedentes de diversas ciencias tuvieron una importante proyección en el pensamiento filosófico.

En este sentido, creemos que el concepto teológico de «quietismo» podría dar mucho juego en otros contextos.

El *quietismo* fue una doctrina teológica que arraiga en los gnósticos de los primeros siglos y, más tarde, en los místicos, alcanzando su máximo desarrollo con Miguel de Molinos, teólogo del XVIII. En síntesis, el quietismo defiende que la contemplación resulta superior a cualquier acto moral, cognoscitivo o práctico en orden a alcanzar la salvación y la gracia de Dios. De este modo, la perfección no se logra mediante el actuar, sino a través de la propia aniquilación. Así será Dios quien actúe y no la persona. Sólo dejando actuar a Dios e inhibiéndose la persona puede, ésta, alcanzar la felicidad.

Así las cosas, ¿no sería este concepto tremendamente esclarecedor si lo aplicamos a la filosofía política?. Porque quizás no sería errado denunciar un cierto quietismo en el ciudadano de la devaluada democracia occidental. Donde el quietismo teológico decía «Dios» póngase

«Estado» y estaremos automáticamente ante uno de los efectos más devastadores de la Partidocracia imperante.

Repárese en que el Estado y el régimen partidocrático, aunque teóricamente proclamen otras cosas e incluso las tengan a gala, están promocionando un determinado tipo de ciudadano. El tipo de ciudadano que promueve es el de individuos dóciles, sin criterio propio, que se conformen con depositar su voto cada cuatro años y no pretenden realizar otra actividad política.

Interesan individuos políticamente pasivos. De este modo, crece la convicción paternalista de que el Estado debe ocuparse de todo. Del Estado-Providencia todo se debe esperar: prestaciones sociales, sanidad, educación, subsidios varios... y también las subvenciones a cortometrajes cibersexuales, a la asociación en favor de los gatos siameses abandonados, a la maqueta musical de un grupo de panderetistas aficionados o a los adornos para las fiestas del pueblo.

En concreto, lo que el quietismo político promociona es que:

El ciudadano no debe intentar comprender las cuestiones políticas: ya piensan por él los comités centrales de los partidos políticos y las agencias de *marketing* contratadas por aquellos. Ya no interesan los ciudadanos bien-pensantes sino los no-pensantes.

El ciudadano no debe intentar

actuar: ya el Estado y los partidos actúan por él. Todas las iniciativas proceden ya de los partidos y de los Ministerios.

El ciudadano debe creer que aún existen grandes causas e ideologías, pero no tiene por qué conocer en qué consisten, no vaya a descubrir que «su» partido no tiene nada que ver con lo que proclaman. Basta con su adscripción afectiva y visceral a un político o partido. El «magisterio oficial del partido» decidirá lo que es de derechas o de izquierdas según convenga para las próximas elecciones.

Al ciudadano le queda, al fin, consumir o asomarse al diario (los menos) o al telediario (los más) para contemplar cómo le cuentan que van las cosas en el país y en el mundo (siendo frecuentemente el parecido con la realidad pura coincidencia).

Este quietismo es, en fin, una alquitarada forma de postmodernismo rancio: el individuo es invitado a ocuparse de sus cosas, de ir a lo suyo, de que lo suyo rinda mucho y con seguridad. Lo estético sustituye a lo ético y toda propuesta de compromiso y de explicación global de lo real es mirada con desconfianza, satanizada. Lo que importa es la eficacia y, para lograrla, nada más engorroso que la participación de un ciudadano formado. Por eso se han realizado «grandes logros» en el destierro de la ética en los planes de estudio y el arrumbamiento so-



cial de las humanidades, y en el establecimiento del más crudo pragmatismo como paradigma de razón política.

En fin: a un Estado y a unos par-

tidos paternalistas sólo le resulta útil un tipo de ciudadano obediente y sumiso. Y quien se mueva no sale en la foto.

Epílogo: ¿quién se atreve a no

salir en la foto?